

ANDRÉS ELOY BLANCO, POETA RELIGIOSO

No puedo ocultar la emoción que me produce evocar la memoria de Andrés Eloy Blanco. Está indisolublemente unido a mis reminiscencias infantiles y juveniles. A mi madre le encantaba escuchar un programa de recitación de poesías que, si mal no recuerdo, se transmitía todos los domingos por la mañana, a través de Radiodifusora Venezuela o Radio Tropical, en la voz de Luis Edgardo Ramírez. De forma recurrente los poemas de Andrés Eloy entraban en la programación.

Por otra parte, en las clases de castellano y literatura en el Seminario Interdiocesano de Caracas, las manos férreas de los padres eudistas Darío Patiño y Alfonso Monsalve nos hacían aprender en los primeros minutos de cada clase poemas enteros de la literatura castellana de todos los tiempos y autores. No podían faltar La Casita Blanca de Cecilio Acosta y El Canto a España de Andrés Eloy Blanco. Lo más temible era escuchar el nombre de uno y el primer verso "Yo me hundí hasta los hombros en el mar de occidente...", para saber que se ponía en juego la capacidad memorística, el promedio de la nota de la materia y el tiempo del recreo al que había que dedicarle repasar los versos si uno no era capaz de agregar en cada clase una nueva estrofa sin titubear.

**Mons. Baltazar Enrique
Porras Cardozo**

Andrés Eloy está unido, pues, en los muchachos de mi generación a lo más romántico y sublime, y a lo más criollo y autóctono. De alguna forma, es expresión de la más prístina venezolanidad.

He leído con atención y hasta con fruición los numerosos artículos en los que se ha rendido merecido homenaje al excelso y polifacético Andrés Eloy Blanco. Pero he echado de menos el que no haya sido tocada una faceta a mi modo de ver connatural y original a la obra sobre todo poética del bardo cumánés: su dimensión religiosa.

No tengo elementos de juicio suficientes para aseverar ni juzgar sobre la formación y vivencia religiosas cristianas de nuestro poeta. Sin embargo, he podido recoger que procede de familia de convicciones católicas y que recibió en su niñez y adolescencia ejemplos y formación que constituyen la base de una aguda y penetrante religiosidad. Su esposa fue también mujer de acendrada fe y devociones cristianas.

Seguramente que los avatares de la vida, su inquieto mundo intelectual y político, no encontraron resonancia en los aletargados círculos de reflexión religiosa de las primeras décadas de nuestro siglo. Pero no apagaron ese mundo subyacente de valores y principios unidos a expresiones populares de devoción y oración.

Hay una anécdota, quizá poco conocida por la mayoría de biógrafos y tratadistas del poeta oriental, que fue la que me movió a escribir sobre el tópico que nos ocupa. Ocurrió durante su confinamiento en Timotes entre los años 1931 y 32 por órdenes del General Juan Vicente Gómez. Como relatan viejos testimonios, en aquel diminuto y perdido pueblo andino la presencia de Andrés Eloy resultaba para algunos incómoda, pues se sabía de su condición de preso político. Por ello, era mejor no ser identificado como cercano a él. Sin embargo, uno de los hombres más singulares y originales con quien pudo toparse nuestro poeta fue con el cura de aquel pueblo, el Padre tachirense Buenaventura



Vivas, quien tenía más de veinte años de servir aquel curato. Si bien estaba ligado por amistad con el dictador de La Mulera, era hombre progresista, arrojado y empeñoso y amante de la verdad y el bien. El es el verdadero padre intelectual de la carretera trasandina. Pero eso es harina de otro costal.

Pues bien, estos dos hombres hicieron buenas migas. Trabaron amistad, compartieron tertulias, caminatas y paseos en mula, y seguramente, como veremos más adelante, el cura intentó hacer de Andrés Eloy devoto feligrés. Aun más, el Padre Vivas lo llevó de acompañante en una cabalgata con motivo de la visita del Gobernador Encargado del Estado, Doctor José R. Sanz. Existe un testimonio gráfico que habla por sí solo: una fotografía del Padre Vivas con sotana, teja y leontina, con la mano sobre el hombro del amigo, como en señal de bendición y protección, de aquel magro caballero de sombrero, corbata y gabardina: Andrés Eloy Blanco.

En un diminuto folleto titulado "Bodas de Oro Sociedad San José Timotes 19 de marzo 1931-1981" se lee que, queriendo el Padre Buenaventura Vivas impulsar la festividad del Patrono San José, se convocó el primer domingo de marzo del año 1931 a una asamblea general para fundar una sociedad. Por votación secreta se constituyó la Directiva. La lista de Vocales electos fue la siguiente: Dr. Andrés Eloy Blanco, M. Edecio La Riva Araujo, Leonidas Simancas. La primera lista de socios ascendió a treinta y tres inscritos.

En medio de la amargura y desaso-



siego del destierro y confinamiento, debió ser Timotes refugio, reencuentro espiritual y cercanía con lo trascendente y religioso, que no le apagó su vena poética, por el contrario, la templó y elevó a cimas más altas. Tanto para la loca Luz Caraballo como para Andrés Eloy, “frailejón para olvidarte, la angustia se te reparte: uno, dos, tres, cuatro, cinco”.

El alma creyente de Andrés Eloy se expresa fundamentalmente a través de la religiosidad popular. En él se juntan, en armoniosa simbiosis, la manifestación de lo popular, no como algo añadido o posito, sino connatural. Siendo un hombre cultivado y perteneciente más bien a un estrato social acomodado, lleva dentro de



sí el alma popular. Una de las formas como los latinoamericanos vivimos lo popular es a través de ese sustrato religioso católico que fue sembrado desde los inicios de la evangelización y forma parte del ser integral. El documento de Puebla define la religiosidad del pueblo como “un acervo de valores que responde con sabiduría cristiana a los grandes interrogantes de la existencia. La sapiencia popular católica tiene una capacidad de síntesis vital; así conlleva creadoramente lo divino y lo humano”(448).

Magistralmente, la poesía de Andrés Eloy nos transporta a las devociones más sentidas. Para muestra basta un botón. Caracas fue sometida, y lo sigue siendo, al azote de las epidemias. Las viejas iglesias de la capital conservan devociones que rememoran los favores obtenidos en momentos aciagos por una población desvalida que no tiene más asidero que recurrir a Dios y los santos. ¿Quién que viva en Caracas no ha entrado alguna vez a la Basílica de Santa Teresa? ¿No son miles y miles a lo largo de los siglos los que han acompañado la procesión del

Nazareno un miércoles santo? Seguramente impresionado por la belleza de la imagen y la acendrada devoción popular -¿de la que él era partícipe?-, Andrés Eloy recogió la leyenda caraqueña que tuvo al Nazareno de San Pablo como protagonista junto a un humilde limonero portador de curación. El poeta lo expresa con sordo reclamo por lo que no debe olvidarse:

*En la esquina de Miracielos
agoniza la tradición.*

*¿Qué mano avara cortaría
el limonero del Señor?*

*Miracielos: casuchas nuevas,
con descrédito del color:
antaño hubiera allí una tapia
y una arboleda y un portón.*

La descripción de la procesión es sublime. Quizá fue la misma que aquel año de mil novecientos veintitrés acompañó furtivamente Andrés Eloy:

*Un aguacero de plegarias
asordó la Puerta Mayor
y el Nazareno de San Pablo
salió otra vez en procesión...
Sobre la frente del Mesías
hubo un rebote de verdor
y entre sus rizos tembló el oro
amarillo de la sazón.*

*De lo profundo del cortejo
partió la flecha de una voz:
¡Milagro! Es bálsamo, cristianos,
el limonero del Señor!*

Añoro con nostalgia mis años de monaguillo en Santa Teresa. Junto a las plegarias y velitas, el grupo de muchachos que ayudábamos a los oficios recitábamos delante de Monseñor Hortensio Antonio Carrillo o del singular Padre Delgado, prebendado de la Catedral, los versos del poema que atraía a los promeseros.

*El Nazareno de San Pablo
tuvo una casa y la perdió,
y tuvo un patio, una tapia
y un limonero y un portón,
¡malhaya el golpe que cortara
el limonero del Señor!*

Pero, a mi modo de ver, es en la poesía religiosa popular, de protesta diríamos hoy, donde mejor se describe el alma de un creyente que suspira por una expresión religiosa más ligada a lo social, a la igualdad de clases, a la cercanía del rico y del pobre. Y ello se vuelve reclamo social, pero sobre todo reclamo a Dios. ¡Qué a gusto se hubiera sentido Andrés Eloy si hubiera vivido unos años más, y a sus oídos llegaran los nuevos aires del Concilio Vaticano Segundo y los gritos angustiosos del documento de Medellín! Hubiera recreado aquellos versos navideños en los que él se siente nacer con el Niño Dios:

*Y yo me encontré conmigo,
que venía de sus ojos,
anciano y recién nacido.
Así le nací de nuevo,
y nacieron otra vez
el hombre que viaja en mula
y el que va detrás del buey
y el mundo, que va de pascua
detrás del Belén de amor
que ella amanece en las marchas.*

A mí se me antojan de una actualidad y de una sintonía impresionantes con la postura de la Iglesia en nuestro continen-



te el conocido poema “píntame angelitos negros” y “la postulación proletaria de Santa Serapia”. Y esa plegaria, hecha imprecación y sorda esperanza de “la dedicación de la mañana a Jesús de Galilea”.

*Jesús, mi comandante,
suprema fórmula de hombría,
flor de Varón en la perfección
última,
As de los Ases:
A la hora de salir el sol,
yo te ofrezco el levante de mis ojos
despiertos
y la semilla hinchada de mi primera
idea.*

Y no será un acto de fe y hasta un reclamo como el del joven profeta Jeremías esta estrofa:

*porque, sin merecerlo, tú, mi jefe y
amigo
me empujaste a la marcha entre los
dedicados
y me estás regalando mi manjar de
Deber,
por mi signo de fe clavado en tus
vanguardias,
¡gracias!*



El clamor por la justicia y la igualdad, con una pizca de humor, brota en estos versos:

*Viva Santa Serapia,
postergada injustamente por las
Santas mantuanas...
la amo con todo mi corazón
socialista.*

*Amo en ella
la democracia del otro mundo,
amo a Santa Serapia, a quien nadie
amó nunca...*

*Seré amigo del padre
que dé, valientemente, a una hija su
nombre...
amaré a quien le encienda una vela,
amaré a quien le pida algo,
amare al hombre bueno que le haga
una promesa.*



Una de las exigencias de la fe es que se encarne en la realidad concreta. Qué mejor manera de increpar a lo importado, también en lo religioso que estos conocidos versos:

*Pintor nacido en mi tierra,
con el pincel extranjero,
pintor que sigues el rumbo
de tantos pintores viejos,
aunque la Virgen sea blanca,
píntame angelitos negros.*

A Dios se busca y se llega por infinitos caminos. Y hay un cielo siempre abierto para quien lo busca en la oscuridad de la noche de la vida con sinceridad y honestidad. Ese es el cielo que pedimos para Andrés Eloy, plenitud de amor, rodeado de angelitos negros, de Santa Serapia, del niño pobre con el juguete caro, rodeado de hijos con uno en los brazos como San Antonio o la

Coromoto, porque cuando se tiene un hijo y cuando se ama, se tiene y se ama a todos.

*No; amar es amar y amar,
es como amar de dos modos:
a unos como hijos de Dios
y como a Dios, a uno solo...
Hijo mío, que eres mis dos hijos,
a un tiempo con el hijo infinito,
igual que en el encaje del Misterio
el Hijo es uno con el Santo Espíritu
y en Ellos y en El están enteros
los irredentos y los redimidos. ■*

Mons. Baltazar E. Porrás C. es Arzobispo de Mérida

